

Ilustración

ELENA VALDÉS

(Artista plástica argentina contemporánea)

La técnica de Elena Valdés se instala en esa transición entre lo gótico y el primer renacimiento. Hay ocupación del espacio con una composición sólida a través de la perspectiva lineal. Los coloridos frescos y delicados le dan intensidad emotiva a la obra. Los rostros no reflejan la devoción que tenían en Fra Angélico (1395-1455), con cuya técnica se relaciona la artista. Irradian comunión con lo Absoluto, donde la razón o la sin-razón adolecen de praxis y son simplemente palabras imaginativas que no pueden resolver el problema ante sus propios límites. Tampoco se encuentra en la contemplación de las facciones la angustia de Heidegger al hallarse ante “uno mismo” o enfrentarse a la “nada”. Hay, por el contrario, un acercamiento al “tú” pronunciado con fervor al estilo de Kierkegaard, en un sistema abierto. Es así que la artista encuentra en esos contornos de serena espiritualidad no solo la integración, sino también la comprensión cósmica del hombre.

¿A dónde huir? se pregunta el ser cuando se eleva por encima del hombre para intentar alcanzar la espiritualidad. Este posmodernismo parece utilizar la fe dogmática, estigma del poder, por encima de las aspiraciones de un hombre que busca rebelarse al ser instintivo y escalar con su “conciencia infortunada” a la comprensión de la naturaleza y del “otro” como supremos ideales. No se trata de la razón o de la sin-razón. Con ambas se arriba a esas palabras neutras que el hombre imaginó sin poder hallarles nunca explicación, llámense origen, fin, nada.

El existente se halla entre dos aporías, el origen y el fin, el nacimiento y la muerte, Eros y Tanatos. Entre ambos extremos se halla arrojado a un proyecto que tiene una sola certeza, la muerte. Esta es exacta. Lo desconocido es ese interregno llamado vida. Inverificable y con falta de exactitud para una conciencia limitada en este “proyecto arrojado a la muerte”. Esto lo angustia. Entonces el hombre responde curándose de la vida y de la muerte a través de su reflexión o decide vivir como si fuese eterno en forma refleja haciendo del poder su fundamento. En este proyecto de vida el hombre se ve obligado a ser un ilusionista, a imaginar para no caer en la realidad. A acaparar poder para no perder su “eternidad”.

Tener la certeza de poseer la razón ha sido el peligro mayor al que el hombre se vio enfrentado. Ante el dilema de qué moral utilizar, no dudó en perseguir a su adversario hasta la derrota, la abdicación o la muerte. Las facultades que el hombre adquirió casi siempre fueron utilizadas al servicio del exterminio, tanto para



“Guías espirituales II”

Óleo sobre tela, diámetro: 32 cm

el uso de la devastación, como asimismo restringiendo a la comunidad el llamado “progreso”.

Si la razón por la fuerza se convirtió en el método de la historia humana, brutal y condenable, la hipocresía no cesó en su uso; fue el medio sutil dotado de capacidad para producir los mismos efectos nefastos. Los resultados derivados de sojuzgar y posponer al prójimo permitieron lograr estipendios como poder, riqueza y honores. El que no se amilanó a este estado de situación quedó relegado a una condición precaria en la disputa por la supervivencia. No pocas persecuciones registra la historia, a pesar de que su crónica fuera escrita y acomodada a la necesidad de los vencedores.

La otra moral, la opuesta, aquella que aceptó ser crucificada al lado de los ladrones, no dejó de ser una caricatura de su legado. Utilizada para derramar en los desposeídos misericordia y comprensión, fue el complemento ideal que necesitaba la hipocresía para sojuzgar a los hombres. Si mejoramos en algo esta situación fue debido a que aún guardamos alguna indulgencia en nuestra honorabilidad, el principio débil de nuestra moral. Aquella por la cual nos desgarramos



"Guías espirituales III"
Óleo sobre tela, 60 x 40 cm

las vestiduras y abjuramos morir, pero que no vamos a sostener salvo en su declamatoria.

No es magnánimo el hombre. Solo trafica para envilecer a alguna de sus morales. La historia que acarrea oculta casi todo. A pesar de la tragedia y crueldad que se denuncia en sus páginas, de la perversidad del hombre en desconocer su propio devenir, lo destilado por ella es una pálida imagen de lo acontecido. El drama que emana de su legado no ha sido óbice para que en sus jornadas no dejen de repetirse incansablemente las mismas iniquidades.

La historia sepulta a la inmensa franja de humillados de todos los tiempos. A los que fueron postergados, esclavizados, vituperados y martirizados, en nombre de la fe, del poder, de intereses deleznable. Las crónicas se escribieron con el halago a los vencedores. Los prospectos nunca pudieron apelar.

Creemos que pertenecer a un estado de conciencia es motivo suficiente para alentar un tránsito que hemos otorgado a los dioses. La codicia engendradora en el nivel de inteligibilidad alcanzada se ha transformado en nuestra propia hecatombe. Hemos humillado a la naturalidad que nos atempera y de hecho evitamos el presente. No somos capaces de desmitificar los tiempos que fueron y las utopías que nos tientan. Sin razonar que compartimos el pasado y el futuro solo en la fantasía, ocupamos los pensamientos con imágenes semejantes a las volcadas en un espejo. Representaciones sigilosas que nos copian al infinito. Que no están en nuestra convivencia, sino fuera de la realidad mental que nos identifica.

En la búsqueda del testimonio existencial asumimos la necesidad de las ideologías hasta incorporarlas como un elemento esencial. Ante tanto tiempo de insensatez en la comprensión de la existencia, el desvarío adquirido se proclama como lógico del pensamiento. La lucidez de oponerse a este desliz para asumir nuestra estructura fidedigna ostenta en cambio el juicio extraviado.

Esta tergiversación en el uso debido de la razón nos ha precipitado a ser exégetas de lo inexplicable. Hemos sido los más fieles servidores de la prosecución de un "orden irracional". Con la prioridad de procurar la salvación se ha obnubilado a la razón, dotándola de las artimañas necesarias para preservar las utopías. Hemos construido una historia para no negarnos. Nos amparamos en la visión de ella que edifica idolatrías y necesita de la ofrenda del esfuerzo, pero ocultamos su otro rostro. El que nos devuelve al mismo retorno. Las circunstancias de la existencia podrán diferir en su casualidad, pero el transcurrir de cada ser se halla inscripto en un mismo círculo de origen, muerte y dolor.

El hombre no acepta la inacción, solo la puede ocupar con el hastío. Necesita incorporar el uso del tiempo futuro en un esfuerzo consciente para sentirse vigente; con la procacidad suficiente para no vestir de lucidez a su tragedia. Con ese fin trocamos la enseñanza que nos deja lo pasado basados en la incapacidad de asumir nuestra condición. En este desenfreno ocultamos la menor revelación de inanidad. ¿Qué flecha envenenada nos arde en la sangre con el solo fin de prolongar la nada? En última instancia esta propuesta que golpea sin réplica no nos regresa a la realidad, sino a la demencia. Evitamos reflexionar sobre el drama huérfano de escapatória. Solo se evade de ella con la muerte, que en realidad representa la metamorfosis de la materia y el olvido del espíritu. Fracasados los intentos de obtener respuestas, los demiurgos fueron reducidos unos tras otros. Esos mitos que llamaban a venganza e inmolaciones dieron lugar a juicios celestiales y resucitaciones prometidas. Una tregua para el hombre en su existencia, donde ya no se exige hacer correr su sangre en la tierra al imperio de los dioses amenazantes. El castigo se exculpa después de la muerte, en la morada oculta de la divinidad.

El vacío es nuestro remedio mortal. Y deberíamos asumirlo para no alienarnos. Nos salva en él la comprensión de lo que somos, aunque estemos lejos de su explicación. Mientras el hombre no pueda hacer desaparecer la conciencia o evolucionarla hasta lograr un proyecto existencial vivirá en la angustia. Solamente un yo infinito sería posible siempre y cuando lleváramos memoria. ¿Pero se puede llevar la memoria por siempre? La nada previa era el todo, porque la felicidad está en la ignorancia de ser. En ese vacío podría haber quedado la felicidad que buscamos y que perdimos al nacer.

Elena Valdés entiende todo esto. No reacciona con el poder y la eternidad como paliativos. Intenta hallar en la transferencia del hombre hacia una espiritualidad el camino reflexivo de entender que, si bien la conciencia parece un desliz del universo, se debe buscar en ella lo negativo a la existencia para hallar el sentido positivo de haberla soportado.

Jorge C. Trainini